

IGLESIAS ALBACETENSES DE NAVE ÚNICA. DEL GÓTICO AL RENACIMIENTO.

LUIS GUILLERMO GARCÍA-SAÚCO BELÉNDEZ

Obispado de Albacete. 9, febrero, 2012.

En la baja Edad Media, la cultura y la religiosidad europeas sufren un profundo cambio. El mundo feudal y ruralizado va a dar paso a la recuperación de las ciudades, los burgos. Desde el año 1000, en el ámbito cristiano se fueron lentamente abandonando los temores milenaristas, y el lento progreso social y económico quizá se vio después catalizado por una orden religiosa surgida desde el monacato benedictino: la reforma cisterciense que, de la mano de San Bernardo de Claraval, rentabilizó mejor la tierra, con nuevas técnicas agrícolas, optimizando la producción, e incluso regeneró la moral religiosa imponiendo nuevas normas más austeras.

Estas circunstancias, junto al conocimiento que llega a Europa occidental tras los penosísimos caminos y viajes a causa de las cruzadas y los “descubrimientos” de un mundo de lujo en oriente terminarán propiciando el comercio a larga distancia y el interés por las riquezas, lo que vino a acelerar el resurgimiento de las ciudades, desvinculadas de los viejos señores feudales, y la aparición de un deseo de autogobierno en cierta libertad que fomentaría el cambio de mentalidad.

Los municipios obtienen de algunos monarcas cristianos cartas de poblamiento que fortalecerán el “gobierno del común”, el buen gobierno ciudadano, frente a dominios señoriales y nobiliarios. Estos concejos libres prefieren ser súbditos del Rey, que siempre está lejos, que de un señor que les puede exigir más y al que pueden tener más cercano. De este modo despegaba en Europa la vida urbana.

En estos municipios que iniciaban su andadura, principalmente desde el siglo XII, el poder episcopal tendrá también su presencia cercana, y el ejemplo más palpable lo tenemos en esa carrera que cunde por todas las ciudades europeas para tener una catedral más grande y esplendorosa que la de la población más cercana. Una catedral en un nuevo estilo, el gótico, con más luz y más atrevida en su arquitectura que lo que había sido tradicional hasta entonces con el románico. Los maestros arquitectos proponen en estos momentos soluciones de un atrevimiento nunca visto, con altísimas naves, elevadas bóvedas y bellos arcos. Así nacía pues un estilo artístico llamado a perdurar varios siglos en el tiempo: el arte gótico, que si bien surgía como una evolución natural del románico, ofrecía un aspecto, una morfología y una sintaxis totalmente nuevos.

Esas catedrales, nada modestas, competían también en albergar las reliquias más deseadas, frecuentemente traídas a occidente de un comercio a veces sin demasiados escrúpulos. Los relicarios de estas catedrales presumían a veces de tener la reliquia más singular, desde la camisa de la Virgen María, en Reims o Amiens, a los mismísimos restos mortales de los Reyes Magos en la catedral de Colonia. El comercio, el dinero y la banca fluían en las ciudades del centro de Europa.

Ahora bien, en este ambiente también tiene cabida una nueva espiritualidad que ya había nacido desde el ámbito del monacato con los cistercienses, pero la respuesta ha de ser otra, más cercana a las necesidades del hombre, y casi paralelamente nacerán las dos órdenes mendicantes: franciscanos y dominicos, que vivirán, no en el mundo aislado de lo rural, sino en las propias ciudades, cercanos a los hombres. Sus miembros no son ya esos monjes

distanciados de los demás, sino los “fratres”, los frailes, los hermanos que comparten las necesidades con el resto de los ciudadanos.

Así, desde el mismo siglo XIII, Europa entera comenzará a ver fundaciones de estos frailes que viven de la mendicidad y en la cercanía. Estas nuevas órdenes necesitan de templos que, lógicamente, nacen en las urbes europeas con el nuevo estilo que se impone, el gótico. A veces participarán de los postulados establecidos por la reforma del Císter, pero en esos primeros templos están presentes las necesidades de estas órdenes que viven su espiritualidad con las poblaciones en donde se enclavan. El espíritu de San Francisco de Asís es eminentemente sobrio. La pobreza es una divisa, y la humildad un elemento fundamental de estos frailes menores. De ahí que los templos, incluso las dependencias conventuales, deban participar de esta idea. Así, la iglesia de nave única, a veces con crucero, con cabecera poligonal y con capillas colocadas entre contrafuertes será habitual entre las de la orden franciscana.

Los dominicos, en principio, participarán de esta misma idea por lo general, y el templo de nave única es quizá el más adecuado para el objeto casi fundamental de la orden: la predicación, aquí incluso se habla de templos con cubiertas de madera. Por tanto, en ambas órdenes hay un nacimiento casi coetáneo y una espiritualidad aparentemente cercana, de ahí que exista una coincidencia constructiva, en principio, más o menos próxima.

Centrándonos ya en los reinos peninsulares de la Edad Media, encontramos algunos ejemplos de iglesias franciscanas y dominicas tanto en los territorios catalano-aragoneses como en los castellanos, donde suele haber una coincidencia estructural arquitectónica: iglesia de nave única con contrafuertes exteriores, diversos tramos abovedados, con frecuencia con bóvedas de crucería simple y cabecera con alguna variante. Sin embargo, hay que destacar el hecho de que los primitivos templos, que quizá nacieron en el siglo XIII o en el XIV, y que no fueron ni grandes ni ostentosos, casi han desaparecido, como bien señala Torres Balbás. Muchos de aquellos edificios serían demolidos en el siglo XV y después, para levantar en su lugar otros con mayor ostentación y riqueza. Aquellas renovaciones llevadas a efecto a fines del gótico, en el Renacimiento o en el Barroco, nos privaron de conocer lo que debió ser el auténtico espíritu de estas órdenes mendicantes en sus inicios. Otros muchos templos desaparecieron, dolorosamente, en el siglo XIX a causa de la Desamortización. No obstante, todavía permanecen en pie algunos ejemplos como el de San Francisco de Palencia o las ruinas del de Atienza, sin olvidar el de Santo Domingo de Estella, en Navarra, que nos ofrece la otra versión conventual de iglesia de nave única con arcos diafragma.

Estos ejemplos que estamos sacando vienen al caso para entender el modelo constructivo de parroquias de nave única, que las debemos entender siempre, en principio, relacionándolas entre sí estructural y arquitectónicamente, y que podrán tener sus orígenes en los primeros conventos fundados en España por estas órdenes mendicantes, fundamentalmente en los siglos XIII y XIV, según hemos indicado. Después, ya a finales del siglo XV, en época de los Reyes Católicos, se levantarán distintos conventos que mantienen una discreta estructura en planta y alzado. Son edificios aparentemente sobrios, sobre los que cargará después la riqueza ornamental de otra forma: pensemos en Santo Tomás de Ávila, en San Juan de los Reyes de Toledo o incluso en la Capilla Real de Granada, todos en el llamado estilo Reyes Católicos o, como en otro momento se denominó, estilo Isabel. En todos estos edificios eclesiásticos el ejemplo es el mismo: una única nave con varios tramos, a veces con capillas entre contrafuertes y zona de cabecera variable.

Estos modelos de iglesia tienen también su continuación en América, y así los vemos en el convento de Huejotzingo, que presenta una planta con cuatro tramos y una cabecera poligonal de tres paños, e incluso en el Actopan, en el virreinato de Nueva España, templos todos que ofrecían a los religiosos que los ocuparon una funcionalidad verdaderamente adecuada, pues con su coro alto a los pies cumplen correctamente para sus fines conventuales: un espacio largo y amplio, perfecto para la predicación, y un presbiterio lo suficientemente desahogado para el desarrollo de las funciones litúrgicas visibles a toda la feligresía.

Esa adecuada funcionalidad no sólo es aplicable a lo conventual o monástico, sino también a lo propiamente parroquial. Así se entiende que en la primera mitad del siglo XVI, cuando se plantea la necesidad de construir una iglesia para el servicio de una villa de pequeña o mediana población, se opte por este modelo de templo de nave única que ofrece diversas posibilidades de ampliación, como la construcción de capillas entre contrafuertes si son necesarias. Por otra parte, en estos edificios, siempre construidos desde la cabecera a los pies, podemos encontrar la evolución estilística que va del gótico, que vemos en los inicios de la construcción, a las formas renacentistas de los pies de la edificación.

Centrándonos en la arquitectura que es objeto de nuestra atención en esta provincia de Albacete, debemos, en principio, distinguir dos modelos de templo parroquial de raíz gótica:

I. Iglesias de arcos diafragma.

II. Iglesias de nave única cubiertas de bóveda de crucería, con dos posibilidades aquí:

a) cabecera plana (La Gineta)

b) cabecera ochavada o de paños (Jorquera, por ejemplo).

Son éstos modelos que pasaremos a estudiar con más detalle.

En la Baja Edad Media, principalmente desde el siglo XIII, en los momentos que en los asentamientos cristianos tomaban un carácter definitivo en nuestras tierras albacetenses, cuando el estilo gótico termina por imponerse en Europa, va a generalizarse un tipo de templo, de concepción muy simple y económica, que tendrá gran vigencia en el tiempo: las iglesias con arcos diafragma y nave única, con una cronología que en España se extiende desde el siglo XII-XIII, conectado con lo cisterciense, hasta un final que quizá habrá que situar en el siglo XVI.

El otro modelo de templo que debemos también tratar es la iglesia de nave única cubierta de bóveda de crucería. Quizá también su cronología, en los reinos cristianos peninsulares, comenzó en los inicios del gótico, como hemos visto, si bien su momento de mayor esplendor e influencia será a finales del siglo XV e incluso en los primeros años del siglo XVI.

I) LA ARQUITECTURA DE NAVE ÚNICA CON ARCOS DIAFRAGMA.

El primer modelo al que nos referimos responde a un esquema verdaderamente simple. Se trata de un espacio rectangular, más o menos alargado (dependiendo de las necesidades y circunstancias), sin destacar especialmente la cabecera en planta, y una serie de arcos, normalmente apuntados, que por lo general arrancan de unos discretos pilares adosados, reforzados exteriormente con contrafuertes que dividen a intervalos regulares todo el espacio longitudinal y se unen en altura por una serie de vigas de madera sobre las que reposa un techo de armadura de dos aguas que cubre toda la sala, de estirpe remotamente mudéjar.

Evidentemente, esta tipología constructiva es muy barata, pues escasamente se usa la piedra de sillaría tan sólo en los arcos, mientras que en los muros la mampostería o el tapial son los elementos más comunes y, por tanto, baratos. Todo ello permite una edificación económica, duradera e inmediata. Es muy posible que en pocos meses pudiera levantarse un templo para cumplir sus fines religiosos.

El historiador de la arquitectura hispano musulmana Torres Balbás define este tipo de construcciones del siguiente modo: “Una nave cortada por arcos (él dice) ‘fajones’ transversales, trasdosados en forma angular para el asiento de madera a dos aguas que cubre aquella... El presbiterio es cuadrado o rectangular y cubierto también con madera. Santuarios así, económicos y de fácil construcción, se encuentran en todas las regiones. La única influencia mudéjar que existe en semejantes iglesias levantinas hay que buscarla tan sólo en las pinturas que decoran su techumbre a dos aguas.”

El precedente tipológico e iniciador de este modelo de construcción lo encontramos en la arquitectura monástica cisterciense, y así lo vemos en el espectacular dormitorio del monasterio de Santes Creus de Tarragona, también en el monasterio de Poblet, e incluso en la arquitectura civil y más utilitaria de las Atarazanas de Barcelona o Valencia, o en el bellissimo salón Tinell de la ciudad de Barcelona.

Las iglesias que responden a este esquema de arcos diafragma en la provincia de Albacete se sitúan en la zona geográfica de la sierra de Alcaraz: Riópar, Villapalacios, Villalgordo (El Robledo). A ellas hay que añadir la parroquial de Ossa de Montiel, más alejada geográficamente, y la ermita de Belén de Liétor, teóricamente de cronología más avanzada, aunque esta es una cuestión de difícil solución, ya que una estructura semejante, un sentido popular y constante arcaísmo hacen de estos edificios, de auténtico encanto, una difícil cronología.

Comenzaremos puntualmente nuestro trabajo tratando de una discretísima **iglesia de la ermita de Nuestra Señora de la Encarnación de Villalgordo en la localidad de El Robledo**, que alberga a la patrona de El Balletero, un dato curioso pero que no es el único (recordemos cómo la Virgen de los Remedios de La Roda tiene su santuario en Fuensanta, o la Virgen de las Nieves de Chinchilla recibía culto en la ermita de San Pedro de Matilla, en Los Llanos de Albacete).

La ermita de Villalgordo ofrece variado interés, primero por sus orígenes, documentados desde el siglo XIII como veremos y, en segundo lugar, porque hoy está magníficamente recuperada y restaurada, y con un recoleto encanto, que siempre es de agradecer (fue Antonio Peiró, con su hija Gema, el que dirigió aquella obra de restauración, propiciada en 2003 desde el Ayuntamiento de El Balletero). Las obras concluyeron en 2005, fecha en la que Sánchez Ferrer publicó un artículo sobre este templo en la revista *Al-Basit*.

Parece que el origen de esta iglesia hay que retrotraerlo a poco después del año 1217, aunque antes de 1231. Son fechas inmediatas a la conquista de Alcaraz (1213), según un documento publicado por Lomax en que el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Ximénez de Rada, pleitea con la orden de Santiago, ya que ésta había fundado iglesias sin autorización episcopal, y entre ellas se menciona la de “Villar-Gordo”, junto al río Jardín. Es decir, estamos ante una iglesia de repoblación en un paraje que hoy está despoblado.

El aspecto que hoy ofrece el edificio es el de una única nave con tres tramos separados por arcos diafragma, con cubierta de madera a dos aguas y contrafuertes exteriores. El tercer

tramo da paso a un presbiterio de planta cuadrada cubierto de bóveda de crucería simple octopartita, gótica, cuyos arcos apoyan en pilares semicilíndricos de discreto capitel corrido, reforzados exteriormente por contrafuertes en las esquinas (4) y todo cubierto con un tejado a cuatro aguas. Al exterior y a los pies hay una edificación que nada tiene que ver con la fábrica del templo, y en la cabecera también hay otra pequeña construcción a modo de camarín, sin interés. El acceso se realiza por una discreta portada, en el primer tramo, desde el sur, en arco de medio punto, de sillería. Una única ventana, abocinada, a modo de tronera, se sitúa en el presbiterio, en el lado sur. La decoración se reduce tan sólo a unos motivos geométricos en los capiteles de los pilares semicilíndricos.

Los materiales constructivos de cantería más elaborada se reducen a los arcos, impostas y bóveda en su planimetría, mientras que la mampostería es la habitual en toda la edificación. Los contrafuertes ofrecen unos sillares poco más elaborados.

El conjunto arquitectónico de este templo, tras la restauración que recuperó el suelo original en el presbiterio y homogeneizó todo el espacio del edificio, hoy ofrece un espléndido aspecto. Dudo de la afirmación que hace Sánchez Ferrer de que exclusivamente el templo primitivo se reducía al presbiterio, al que se añadiría después la nave con su portada. Particularmente considero que presbiterio y nave son coetáneos, pues no tiene sentido la existencia de un templo exclusivamente cuadrado. El edificio pudo sufrir transformaciones a lo largo del tiempo, y una de ellas, evidente, es la portada, que, incluso, podría fecharse estilísticamente hasta posterior al siglo XVI, como también lo es el tosco camarín y la casa añadida a los pies, pero la fábrica general ofrece una clara homogeneidad. Así que ¿por qué no considerar este templo el primero de una serie de los construidos en la zona? Así, la simplicidad de la bóveda de crucería octopartita, la rotunda saetera del presbiterio y los apuntados arcos góticos pueden ser perfectamente fechables en el siglo XIII, con lo que estaríamos ante el más antiguo templo de la diócesis albacetense actualmente en uso.

Otro templo semejante en esta serie de arcos diafragma es la parroquial del **Espíritu Santo de Riópar**, que en su día fue tratada por Rubí Sanz. Ofrece planta rectangular habitual con arcos diafragma apuntados que arrancan directamente de unos pilares casi en la línea del suelo. Al exterior, y como es lógico, encontramos los correspondientes contrafuertes que contrarrestan el empuje de los arcos. La capilla mayor no destaca en planta, tan sólo ofrece una ventana en el lado norte. La portada se sitúa también en el lado norte entre contrafuertes, es de arco apuntado ojival con un grueso dovelaje remarcado en la línea del trasdós, moldura que enmarca el arco en alfiz. Las albanegas son lisas. El diseño de esta portadita es semejante al de la iglesia de Villapalacios, aunque en ella no hay alfiz. Parece que en el año 1475, según Pretel, se asedió la cercana fortaleza con piezas de artillería desde la torre de este templo, y quizá recuerdo de ello sea la tronera en orbe y cruz que aparece visible en la torre. Como encontramos en otros templos, la capilla del bautismo se sitúa en el cuerpo inferior de la torre, a los pies del templo, cuya cronología debemos fijar en el siglo XV. Sabemos, al menos, que en 1475 estaba en uso, por esa mención bélica a la que nos hemos referido, pero es posible que se reedificara tras aquel suceso, inmediatamente después.

De los templos de arco diafragma, el más espectacular, por sus dimensiones, es el de **San Sebastián de Villapalacios**, en cierto modo semejante a la iglesia de Riópar, localidades ambas que pertenecieron al Conde de Paredes. Fue estudiado en 1979 por Sebastián Panadero y Rubí

Sanz. Se trata de una iglesia de gran planta rectangular con siete tramos con arcos de cantería que se apoyan en pilares adosados y, como es habitual, con sus correspondientes contrafuertes de cantería al exterior. El primero de los tramos, en realidad el presbiterio, aunque en la actualidad se cubre de madera a dos aguas como el resto del edificio, no fue así en origen, sino que al parecer debió cubrirse con bóveda gótica de crucería, y recuerdo de ello son las columnas adosadas de los rincones, con lo que el templo cobraría, en consecuencia, una mayor monumentalidad. Al parecer, esta desaparecida bóveda se desplomó en 1755 como consecuencia del famoso terremoto de Lisboa, que se dejó sentir en numerosas localidades de la zona. En el tercer tramo del flanco sur se sitúa la portada, gótica, en arco apuntado que es semejante a la de Riópar, aunque no ofrece alfiz. Parece que, como aquella, tuvo un tejazoz, aunque desaparecido. Sobre la portada debió estar el escudo de los Manrique de Lara, hoy situado en otro lienzo. A los pies se sitúa el coro, totalmente de madera y enteramente mudéjar. Sobre ese coro hay una tribuna, quizá destinada a un desaparecido órgano, que se trasladó desde un lateral a su actual ubicación. Es una magnífica obra en madera enteramente del siglo XVI. La cronología de este templo debemos fijarla a mediados del siglo XV, quizá en el momento en que pasó al señorío de los condes de Paredes de Nava. Se trata de una estructura que se repite en la parroquia de Cotillas y en la de Villaverde de Guadalimar. La parroquia de Bienservida quizá pudo también plantearse con arcos diafragma, pero luego cambió su disposición por abovedamientos.

Alejada de esta zona de la sierra de Alcaraz, un curioso templo de estructura parecida, aunque ya en plena Mancha, es la parroquial de **Santa María Magdalena de Ossa de Montiel**, que al exterior tiene un aspecto un tanto arcaico, con arco de medio punto enmarcado en alfiz en su portada, mientras que toda la fachada occidental, lisa y de sillarejo, se prolonga en altura de forma apiñonada, configurándose de este modo una triangular espadaña de fuerte sentido rústico. Como es habitual, el templo tiene una planta rectangular con cuatro tramos separados por tres arcos que aquí se apoyan sobre discretas ménsulas, no en pilares adosados, que lógicamente al exterior presentan los correspondientes contrafuertes. A los pies hay un coro de madera sostenido por dos columnas.

Aunque, como siempre, es difícil fijar una fecha exacta para este edificio, consideramos que su cronología debe situarse ya en siglo XVI, quizá en torno a 1530, fechas en que la localidad alcanzaba la condición de villa merced a la Orden de Santiago a la que pertenecía. Fue también el momento en que se erigió la picota jurisdiccional que todavía subsiste.

Un último templo al que debemos referirnos es la **ermita de Belén de Liétor**, que ya mencionamos a propósito de los modelos de templos mudéjares. Como se sabe, también Liétor perteneció a la Orden de Santiago. El interés de este templo reside, más que nada, en las bellísimas e ingenuas pinturas murales que adornan todo el interior de la iglesia, obra del siglo XVIII. Consta de un espacio rectangular de cuatro tramos con sus habituales arcos diafragma, de los que el más inmediato a la capilla mayor es ligeramente apuntado mientras que los demás ya son de medio punto. Las portadas al exterior son simples vanos rectangulares, sin más empeño monumental. Es más, en el lado norte no hay contrafuertes, mientras que al sur sólo hay dos. Es posible que toda la fábrica sea cal y canto y tapiería. Históricamente sabemos que en 1536 la obra se hacía “nuevamente”, estando todavía por cubrir, según los visitantes de la Orden de Santiago. Parece que no llegó a concluirse hasta 1570, según una

inscripción pintada que señala –en el siglo XVIII- “ESTA HERMITA LA MANDO HACER A SU COSTA ALONSO DE TOBARRA I SV MUGER MARÍA SÁNCHEZ ALCANTUD AÑO DE 1570”.

Con este templo enteramente popular y de fácil ejecución constructiva se cierra el ciclo de estos edificios con arcos diafragma, sencillos, baratos y que permanecen en el tiempo como mínimo desde el siglo XIII y, al menos, hasta el XVI.

II. IGLESIAS DE NAVE ÚNICA CUBIERTAS CON BÓVEDAS DE CRUCERÍA.

Denominadas iglesias criptocolaterales por Kubler, el número de templos que encontramos en España con estas características es alto. Ya hemos hecho referencia a la vinculación que, en principio, tienen con las iglesias conventuales mendicantes que incluso encontramos en el virreinato de Nueva España (México). Son pues edificios también de fácil construcción, al constar de una única nave que, al exterior, se refuerza con contrafuertes para acentuar la sujeción de los arcos y bóvedas de crucería. Es innecesaria la presencia de complicados pilares, y éstos se apoyan en el muro, reforzándose al exterior sin necesidad de arbotantes. El espacio interno es diáfano, ideal para la predicación y para el desarrollo de las ceremonias litúrgicas, sin obstáculos y, si es necesario, en los lienzos laterales se pueden abrir capillas particulares, no afectando para nada su construcción a la fábrica general del templo. Por otra parte, como estos edificios no son demasiado grandes, resultan los más adecuados para las poblaciones más pequeñas pero que tienen una cierta entidad, es decir, aquellas localidades que en el siglo XVI alcanzaban aproximadamente, en el mejor de los casos, de 300 a 500 vecinos, es decir, unos 2.000 habitantes como máximo. Frente a ello, en las poblaciones que alcanzaban los 1.000 vecinos (4.000-5.000 habitantes), caso de Albacete o Villarrobledo, las necesidades eran mayores, de ahí que plantearan en esos momentos parroquias de mayores dimensiones, pero también sin problemas constructivos, aparentemente, y en ellas la idea era edificar iglesias de salón, “hallenkirche”, de las que ya hablamos en otro momento.

Así pues, los templos parroquiales de nave única de estructura gótica son los perfectos, en los primeros años del siglo XVI, ideados para poblaciones de menor entidad pero que en estos momentos se ven con la necesidad de sustituir sus viejas y pequeñas iglesias (que quizá se levantaron en los momentos de la repoblación, tras la conquista cristiana), que después de doscientos años o más eran ya inapropiadas para una sociedad cristiana más estable.

Dentro de este modelo de iglesia, como hemos señalado, habría que hacer una diferenciación: las que presentan cabecera plana (La Gineta, Férez) y las que ofrecen un ábside ochavado o de paños (Letur, Jorquera, Lezuza...), aunque en realidad éstas se dan menos.

Trataremos con más detalle algunos de estos templos, empezando por uno que ofrece una concreta singularidad y que, por una especial circunstancia, según veremos, podría ser el eslabón de unión entre los modelos de arcos diafragma, que hemos mencionado antes, y las iglesias de nave única abovedadas que ahora trataremos. Nos referimos a San Sebastián de Munera.

La fábrica actual de la **iglesia de San Sebastián de Munera** presenta una cruz latina de brazo inferior muy alargado que se acentúa por el hecho de tener la torre a los pies. En esta construcción hay dos zonas claramente diferenciadas: de una parte, ese brazo inferior o nave principal y, de otra, el crucero y cabecera, donde actualmente se sitúa la capilla mayor y que es

una obra añadida, quizá iniciada a fines del XVI, aunque concluida en periodo barroco y que aquí ahora no nos interesa.

La parte sustancial del templo está constituida por un rectángulo con el eje desviado, más que nada por torpeza de ejecución, apreciable también en su conexión con el cuerpo de la torre. En este espacio se sitúan cuatro tramos, de los pies a la cabecera, separados por arcos góticos apuntados de poca altura, que arrancan de pilares adosados, reforzados externamente por sus correspondientes contrafuertes de cuerpo semicilíndrico, todo muy sobrio. Los tres tramos hacia los pies se cubren con bóvedas de terceletes con ligaduras prolongadas hasta las claves. A los pies hay un coro alto de madera sostenido por un pilar. El cuarto tramo es sensiblemente más alto, apreciable tanto al interior como al exterior, cubriéndose el espacio cuadrado con una bóveda más rica, estrellada y con conopios. Hasta aquí llegó la primitiva construcción, añadiéndosele, como hemos indicado, con posterioridad todo el crucero y cabecera. Por tanto, aquí se situaba originariamente la capilla mayor, de mayor altura y más rica en su trazado. El cuerpo de la nave original debió ser a base de arcos diafragma, con una armadura de madera, sin duda mudéjar y a dos aguas. Parece que en la restauración que se hizo en 1983 se encontraron “alrededor de dieciséis metros cuadrados de este artesonado mudéjar”, que lamentablemente no se conservó, tan sólo un fragmento pintado quedó en la sacristía. Así, el aspecto original sería el de una nave con tres tramos del tipo ya estudiado de arcos diafragma más un cuarto tramo más elevado cubierto de bóveda de crucería, según el modelo original que hubo en Villapalacios. Después, al mediar el siglo, quizá en 1548, cuando esta localidad alcanzaba su villazgo, los tres tramos de los pies se cubrieron con bóvedas de crucería que, lógicamente, quedaron más bajas que la de la cabecera, por lo que con esta reforma el templo adquirió un aspecto más pesado y aparentemente arcaico, muy alejado de las elevaciones propias del gótico.

Como hemos indicado, ya a finales del siglo XVI se inició una nueva ampliación con la construcción del crucero y cabecera.

Aunque carecemos de datos documentales, consideramos que la obra de esta iglesia se debió iniciar en el siglo XV como templo de arcos diafragma, concluyéndose en la cabecera a principios del XVI. Aquí trabajarían artífices sin grandes conocimientos técnicos, habituados a obras de fácil ejecución. Después, en los años centrales del siglo, quizá en 1548, se elevaron las tres bóvedas de crucería del cuerpo del templo, ocultándose la primitiva cubierta a dos aguas. También en esta fecha se concluiría la torre, en cuyo remate se añadió el emblema de Carlos V, la columna de Hércules, por la concesión del villazgo al hasta entonces lugar de Munera. Una cierta prosperidad llevó a los vecinos de este pueblo a plantear una ampliación de su parroquia que se completaría después, a principios del siglo XVIII, con un barroco retablo lamentablemente desaparecido. De este modo, pues, podemos ver aquí materialmente la transformación de una iglesia de arcos diafragma en una de nave única cubierta por bóvedas de crucería.

Munera perteneció a las tierras de Alcaraz, a su arcedianato y, por tanto, a la diócesis de Toledo. A este mismo territorio eclesiástico perteneció la localidad de **Lezuza**, cuya parroquial, **Santa María de la Asunción**, es un bello ejemplo al respecto en este tipo de templos, que ofrece también sus peculiaridades. La planta presenta una larguísima nave con cinco tramos, más la cabecera ochavada, de casi cincuenta metros de longitud y tan sólo ocho de ancho. Cada tramo se cubre con una compleja bóveda estrellada de variado diseño. El ochavo de la

cabecera, de tres paños, así como los muros y bóvedas, están pintados en el siglo XVIII con curiosos temas que van desde la predicación en Livisosa de San Pablo a los mártires Vicente y Leto pasando por los evangelistas que, como en ciertas ilustraciones medievales, presentan el cuerpo humano y la cabeza de los correspondientes tetramorfos. La parte de los pies, casi como un tramo autónomo, presenta una bóveda de crucería que repite un modelo cercano a los dibujos de Alonso de Vandelvira. Contrariamente a otros templos, aquí las bóvedas se apoyan en una especie de cornisa corrida y no en pilares adosados, lo que supone que al exterior existan unos sólidos contrafuertes, entre los cuales se abren capillas hornacinas cubiertas de bóveda de cañón en sentido perpendicular al eje del templo. En época barroca, siglos XVII-XVIII, algunas de estas capillas se ampliaron, aunque manteniendo las formas de acceso originales. A los pies del templo hay una pequeña portada sin demasiado interés, mientras que la puerta habitual se abre en el costado del evangelio y está formada por un acceso abocinado, con sus arquivoltas y albanegas externas de caprichosas tracerías góticas. Esta portada se abre a un pórtico o atrio, clasicista, formado por tres arcos de medio punto. Según la documentación, este atrio se prolongaba al parecer alrededor de toda la fachada externa, en donde se aprecian restos, incluso en el lado sur.

Los documentos que conocemos sobre este templo son tardíos, del último cuarto del siglo XVI. Consideramos que la obra se inició en torno a 1510, desde la cabecera hacia los pies. Según Pérez Sánchez, la portada, todavía gótica, se fija hacia 1540, por tanto con un evidente arcaísmo. Hacia el último cuarto del siglo XVI, el templo estaba prácticamente concluido, y ahora aparecen en el libro de fábrica nombres de canteros, todos vizcaínos, como Rodrigo de Jarcias, Pedro y Sancho de Izaguirre, Juan García, Juan de Laza, Aparicio de Izpicua y Juan de Galorza entre otros.

La sensación espacial de este templo es la de una acusada linealidad, bellamente rematado por el rico abovedamiento de toda la nave.

Si las dos anteriores iglesias pertenecieron al arzobispado de Toledo, debemos pasar ahora a otra zona jurisdiccional y geográfica, los territorios que pertenecieron a la Orden de Santiago: Yeste, Letur y Férez.

Comenzamos por la parroquia de **Santa María de la Asunción de Yeste**. Su fábrica, en la actualidad, ofrece una curiosa planta con un cuerpo rectangular este-oeste, con tres tramos, cabecera ochavada y portada a los pies totalmente gótica. Sin embargo, en el mismo siglo XVI se construyó otra nave perpendicular a la ya mencionada, en dirección norte-sur, lo que supuso un cambio radical en la distribución del templo y una concepción arquitectónica en forma de "T". La portada gótica del cuerpo principal se cegó, y en el nuevo cuerpo se abriría otra portada enteramente renacentista de estirpe vandelviresca. Así pues, aquí tenemos en principio un templo gótico homogéneo que después se amplía perpendicularmente con formas renacentistas.

El desarrollo histórico de la construcción de esta obra es íntegramente del siglo XVI. Parece que una inscripción, desaparecida, en el pequeño acceso al presbiterio que cita Baquero Almansa (1913) señalaba en letras góticas: "A DIOS GRACIAS ESTA OBRA SE ACABÓ AÑO DE MEDIII, LA CUAL FIZO ORTUÑO DEL VILLAR DE SAN MIGUEL EREÑO". Por otra parte, en 1507, los visitantes de la Orden de Santiago hablan de una obra a medio, con "una capilla de cantería grande nuevamente fecha..." y, por último, Gutiérrez Cortines señala que, en 1527, trabajaba en el templo un tal Maestre Rodrigo, vizcaíno. El conjunto era pequeño y unitario, de ahí la

necesidad de ampliar el edificio, según hemos visto ya en la segunda mitad del XVI, con soluciones totalmente renacentistas y una portada que aparece fechada en 1588.

La **parroquia de Santa María de la Asunción de Letur** es pequeña, discreta, armónica y muy bella, con tres tramos y grandes contrafuertes con capillas. A los pies hay un gran coro con arco escarzano, con una gran bóveda estrellada. La portada, también a los pies, es ya renacentista, y se fecha al parecer en 1528. Los visitantes de Santiago, en 1525, hablan del templo como “de una nave e está la capilla mayor con dos capillas colaterales hechas de cantería de bóvedas muy buena”. En 1536 el templo estaba completamente concluido. Según Gutiérrez Cortines, en 1525 trabajaría aquí el cantero vizcaíno Juan de Arana, que también trabajó en Férez y en la torre de Liétor.

La parroquia de Férez, desgraciadamente casi desaparecida, sólo conserva el tramo de la cabecera, con bóveda de crucería. Parece que aquí intervino el citado cantero Juan de Arana, que trabajaba en estos templos de la Orden de Santiago en torno a los años 1525-30. En la bóveda conservada hay elementos gallonados de carácter renacentista.

En los territorios que pertenecieron a la antigua diócesis de Cartagena debemos mencionar algunas parroquias importantes: La Gineta, Jorquera, Mahora, la Villa de Ves (santuario) y Tobarra.

La **parroquia de San Martín, de La Gineta** es un magnífico ejemplo, hoy bellamente recuperado, en donde el goticismo es espléndido y del mismo se pasa sin ruptura al Renacimiento, perfecto y discreto, de Jerónimo Quijano, visible en la portada de los pies. La iglesia presenta en su nave única cuatro tramos con cabecera plana. La Relación Topográfica de Felipe II, de 1575, describe acertadamente este templo del siguiente modo: “que en esta villa de la Gineta ay una iglesia parroquial de la advocación del señor San Martín que es de una sola nave y el largo della tiene tres capillas y media; y en la capilla denmedio ay dos capillas colaterales, que son de la iglesia y en la que está en la parte del evangelio ay un altar de Nuestra Señora y en la otra un altar de las ánimas del Purgatorio con un crucifijo”.

La planta es de cuatro tramos, con la cabecera ligeramente más pequeña cubierta por una bóveda estrellada. Los dos tramos siguientes ofrecen otras bóvedas y en la de los pies, más corta, donde se situaría el coro no construido que mantiene el diseño gótico, se evidencia un carácter más clásico y es donde se sitúa la portada, plenamente renacentista y salida de las manos de Jerónimo Quijano.

En el cuerpo principal, los pilares adosados son torsos o helicoidales, al gusto del estilo Reyes Católicos, con una vinculación directa a los que vemos en la capilla del obispo Andújar u otros semejantes en Hellín o Almansa. Estamos seguros de que en La Gineta trabajaron los mismos artífices vizcaínos que lo hacían en el primer tercio del siglo XVI en San Juan Bautista de Albacete. Es posible que la obra se iniciara entre 1515 o 1520 y, ciertamente, en 1575 estaba totalmente concluida. Quizá la portada lateral sea de inicios del XVII. La torre, iniciada en el siglo XVI, se remató airosamente en el siglo XVIII.

En la zona del río Júcar destacamos fundamentalmente dos iglesias, las de Jorquera y Mahora, más el pequeño templo, hoy santuario, del Cristo de Villa de Ves.

La **parroquia de Santa María de la Asunción de Jorquera** ofrece una cierta monumentalidad, con una amplia y elevada nave única. Tiene cuatro tramos más una cabecera ochavada con bóveda de crucería, con combados curvos que se apoyan en pilares adosados de distintas formas. Así, los cuatro inmediatos al presbiterio son enteramente góticos, y recuerdan a los que vemos en San Juan de Albacete. Ya hacia los pies, estos pilares se hacen renacentistas, como columnas jónicas con retropilastras, más otros sencillos.

No hay documentación, de momento, sobre los artífices que pudieron trabajar en este templo durante el siglo XVI, pero los canteros, como es habitual, debieron ser vascos y cercanos a la obra de San Juan Bautista de Albacete, al menos en los primeros tramos del templo. Los dos hacia los pies ofrecen otros detalles de mayor elegancia renacentista apreciable en la magnífica bóveda del sotocoro, casi plana, y en los accesos al coro plenamente renacentistas.

Aunque el libro de fábrica que se conserva se inicia hacia mediados del siglo XVII (1665-1715), y por tanto no disponemos de noticias directas del siglo XVI, podemos afirmar que la obra debió concluirse en 1577, según señala una inscripción repintada que asemejaba la fecha de 1177, pero en realidad el segundo "1" es un "5" en forma de "S" muy alargada. Por otra parte, en las Relaciones Topográficas de 1579 se dice a propósito de la llamada torre de Doña Blanca que "es de estremadas labores según tenemos oído y visto por buenos maestros de cantería que en esta villa an estado haciendo la iglesia desta villa...", lo que indica un pasado inmediato, por tanto esa fecha parece totalmente adecuada.

A lo largo del siglo XVII aparecen diversos artífices como Juan Ruiz de Ris, conocido en la comarca, y otros maestros entre 1672 y 1677, como Sebastián Pérez, Julián Navalón, Marcos y Pedro de Asas y otros que a principios del siglo XVIII concluían la torre, en la que intervino "Bautista Galbán, maestro de arquitectura que fue para dicha obra de la ciudad de Alicante".

Una vez más, en este templo se aprecia perfectamente la evolución de un gótico, visible en el primero y segundo tramos, que da paso a un claro renacimiento en los dos últimos, los cuales, aun manteniendo bóvedas de crucería, nos traen un lenguaje más clásico.

El **templo de la Asunción de Mahora** quizá se levantó bajo el patronazgo del Marqués de Villena, cuyas armas aparecen en las bóvedas del cuerpo del templo. No disponemos de ningún dato sobre la construcción de este edificio, pero es muy posible que los canteros que aquí trabajaron estuvieran cercanos a los que hacían lo propio en Jorquera.

La fábrica de este templo tiene dos partes perfectamente diferenciadas. De un lado, la cabecera, más baja y de distinta ejecución; de otro, el cuerpo del templo. El primero lo constituye un espacio cuadrado con bóveda estrellada más una cabecera ochavada de tres paños, todo con contrafuertes exteriores con bolas decorativas en la cornisa. La nave ofrece una mayor anchura y una cronología posterior. A los pies hay un coro alto, quizá del siglo XVIII.

Aunque evidentemente el templo se construyó bajo las directrices del goticismo, la sensación espacial interna nos apunta hacia un claro clasicismo. Al cuerpo del edificio se le añadieron diversas capillas en el siglo XVIII; especialmente importante es la situada en el lado del evangelio, con grandes escudos de estuco plenamente barrocos.

Para cerrar el conjunto más o menos homogéneo de templos goticistas de nave única debemos concluir con la **parroquia de Tobarra, Santa María de la Asunción**, que hoy en realidad es una reconstrucción de la original, ya que hace unos cincuenta años el desplome de

la torre supuso la pérdida de toda la nave del templo, aunque la reconstrucción se llevó a cabo después con materiales originales.

Gutiérrez Cortines relaciona esta obra con la iglesia del Salvador y la Concepción de Caravaca, añadiendo textualmente: “la conexión de este edificio (Tobarra) y los templos caravaqueños es tan estrecha que sólo se puede explicar a través de la influencia directa y personal de los maestros”. Sabemos que en Caravaca fueron Quijano y Martín de Homa.

Aunque particularmente no sabemos nada sobre la construcción de este homogéneo y limpio edificio, una lápida extraviada y afortunadamente recuperada hace poco señala: “AÑO DE 1546 SE PUSO LA PRIMERA PIEDRA EN ESTE TEMPLO, SIENDO OBISPO EL SR. D. J. MARTÍNEZ SILICEO Y CON LAS COPIOSAS LIMOSNAS DE LA VILLA SE ACABÓ CON ESTE CORO AÑO 1616. PAULO V SUMO PONTIFICE. REINANDO PHILIPPO III. OBISPO DON FRANCISCO MARTÍNEZ, CURA EL DR. GINES GOMEZ, FABRIQUERO D. PEDRO RODRIGUEZ DE VERA”.

El conjunto es unitario, con artistas alejados ya de lo gótico aunque las bóvedas sean de crucería, pero la sensación espacial es enteramente clásica de un Renacimiento que ya se ha impuesto. La homogeneidad de las capillas, dos pares en cada tramo, la elegancia de las bóvedas de las mismas, que sí son las originales, alguna con un lucernario superior y un ordenado ritmo de arcos y bóveda, hacen de este templo un magnífico colofón que abandona lo gótico definitivamente para adentrarse en otro periodo, el Renacimiento, con arcos de medio punto y una proporción en planta y alzado enteramente clásica y áurea. Quizá este templo merezca una monografía más detallada, siempre y cuando se encontrara una documentación que, por el momento, desconocemos.

Junto a estos templos que hemos estudiado con más detalle, en la diócesis de Albacete hay otros que podrían incluirse en estos modelos de gótico con nave única. Son edificios que sufrieron transformaciones a lo largo del tiempo, bien en la zona de Alcaraz (parroquiales de Bienservida o Vianos), bien en la zona del Júcar, como la vieja iglesia de Villa de Ves (actual santuario del Cristo) o las de Alborea y Alcalá del Júcar, que ofrecen un tramo abovedado de crucería después ampliado con otros, ya de los siglos XVII y XVIII, que para nosotros tienen menos interés.

Por último debemos concluir señalando que los templos de nave única que hemos estudiado ofrecen una cronología quizá desde el siglo XIII hasta mediados del XVI. En principio estaríamos con ejemplos gótico-mudéjares de arco diafragma, para dar paso, al iniciarse el quinientos, a un nuevo proyecto arquitectónico que mantiene la morfología gótica en un espacio rectangular cubierto con bóvedas de crucería, en donde conforme avanza la construcción desde la cabecera y, lógicamente, el tiempo, se introducen formas y soluciones renacentistas.

Consideramos que, en época todavía medieval, las iglesias que se construyeron eran pequeñas, probablemente mudéjares, pero al llegar el siglo XVI, en sus dos primeras décadas hay una intención de sustituir las viejas parroquias por otras más monumentales pero sin demasiados problemas constructivos y, así, para las villas cercanas a los mil vecinos (4.000-5.000 habitantes) se proyectaron templos de salón, y para las localidades más pequeñas pero con entidad, estas iglesias de nave única, sencillas, cómodas y baratas, que sin problema cumplen con holgura los fines parroquiales que se planteaban en la época. En un principio se abordaron estas construcciones en los primeros años del reinado de Carlos I, si bien su construcción se alargaría en el tiempo a veces a la época de Felipe II, en cuyo reinado ya

estaban concluidas, al menos, estas iglesias de nave única, no así las de salón, que estudiaremos en otro momento y que frecuentemente quedaron inconclusas.

SUMARIO

IGLESIAS ALBACETENSES DE NAVE ÚNICA

Iglesias con arcos diafragma

Nuestra Señora de la Encarnación, de Villalgordo (El Robledo)

Espíritu Santo, de Riópar

San Sebastián, de Villapalacios

Santa María Magdalena, de Ossa de Montiel

Ermita de Belén, de Liétor

Iglesias de nave única cubiertas con bóveda de crucería (con cabecera plana o cabecera ochavada)

San Sebastián, de Munera

Santa María de la Asunción, de Lezuza

Santa María de la Asunción, de Yeste

Santa María de la Asunción, de Letur

San Martín, de La Gineta

Santa María de la Asunción, de Jorquera

La Asunción, de Mahora

Santa María de la Asunción, de Tobarra